

Sergio Lipszyc

DIARIO
VIETNAMITA

EL EJERCITO DE SAIGON
INEFICIENCIA Y COBARDIA

Navegando sobre el estrecho río Bassac hacia una vital y estratégica área denominada U Minh —el “Valle de las Sombras”—, cuatro batallones sudvietnamitas de las 9 y 25 Divisiones de Marina eran objeto de un furioso ataque desde tierra. El sorpresivo asalto se tradujo con rapidez en un infierno de confusión y muerte. La tripulación, abandonando desesperadamente las barcas incendiadas, fue aniquilada a los pocos metros de pisar la costa. Su comandante cayó prisionero.

En la misma noche y a unos 20 kilómetros de distancia, una solitaria patrulla de guerrilleros —apenas 15 hombres— se lanzaba sobre los cuarteles de un regimiento “élite” de *rangers*, matando 31 sudvietnamitas y tres consejeros norteamericanos.

Y cerca de Da Lat, en la montañosa cadena annamita, los insurgentes emboscaban un convoy cargado de municiones. Todos, hombres y explosivos, volaron por el aire.

Para las tropas de Saigón sucedía, en suma, un cruel y caótico día en una cruel y caótica guerra. Pero para los irritados generales estadounidenses esta clase de interminables fracasos contribuyeron a cuestionar, una vez más, la “aptitud” y “efectividad” de sus aliados locales. “Si los sudvietnamitas —que tienen 320 000 tropas en su ejército regular y un total de 800 000 hombres bajo las armas— pudieran manifestar la más ligera capacidad, el más moderado espíritu de lucha, nosotros (los yanquis) ya habríamos

hace tiempo vencido al enemigo”, se quejaba un joven oficial de los Estados Unidos. La estupenda ineptitud y la reluctancia por pelear que sostienen las tropas leales al gobierno de Vietnam del Sur, según denunciaban sus propios “protectores” norteamericanos, ha determinado que la junta militar de Saigón inicie una undécima “etapa renovadora” en las filas del ejército. En el país, hasta el presente, casi el 80 por ciento de la población masculina de las urbes y áreas que controla el régimen (edad: entre 16 y 45 años) está forzada a combatir en el ejército —y este porcentaje deberá ser equilibrado nuevamente por medio de cacerías gubernamentales para el reclutamiento masivo porque en estos últimos seis meses se ha registrado una desertión de 100 000 hombres.

Como parte del programa de “Vietnamizar Vietnam”, es decir de hacer pelear asiáticos contra asiáticos y de comenzarse a montar una nueva y gigantesca edificación bélica para sostener a las fuerzas de Saigón, el Alto Mando Militar de los Estados Unidos ha exigido al régimen de Thieu, Ky y sus secuaces que anexasen un “extra” de más de 250 000 hombres al ejército. Este incremento sobreviene en un periodo en que las llamadas FAV —Fuerzas Armadas de Vietnam (Saigón)— atraviesan un grave y delicado momento no sólo como consecuencia de su enfermizo curso en la guerra sino además por sus interminables crónicas pugnas entre jefes y facciones militares rivales. Esta “reforma bélica”, por supuesto, será sólo cuantitativa. Según se proyecta, unos 60 000

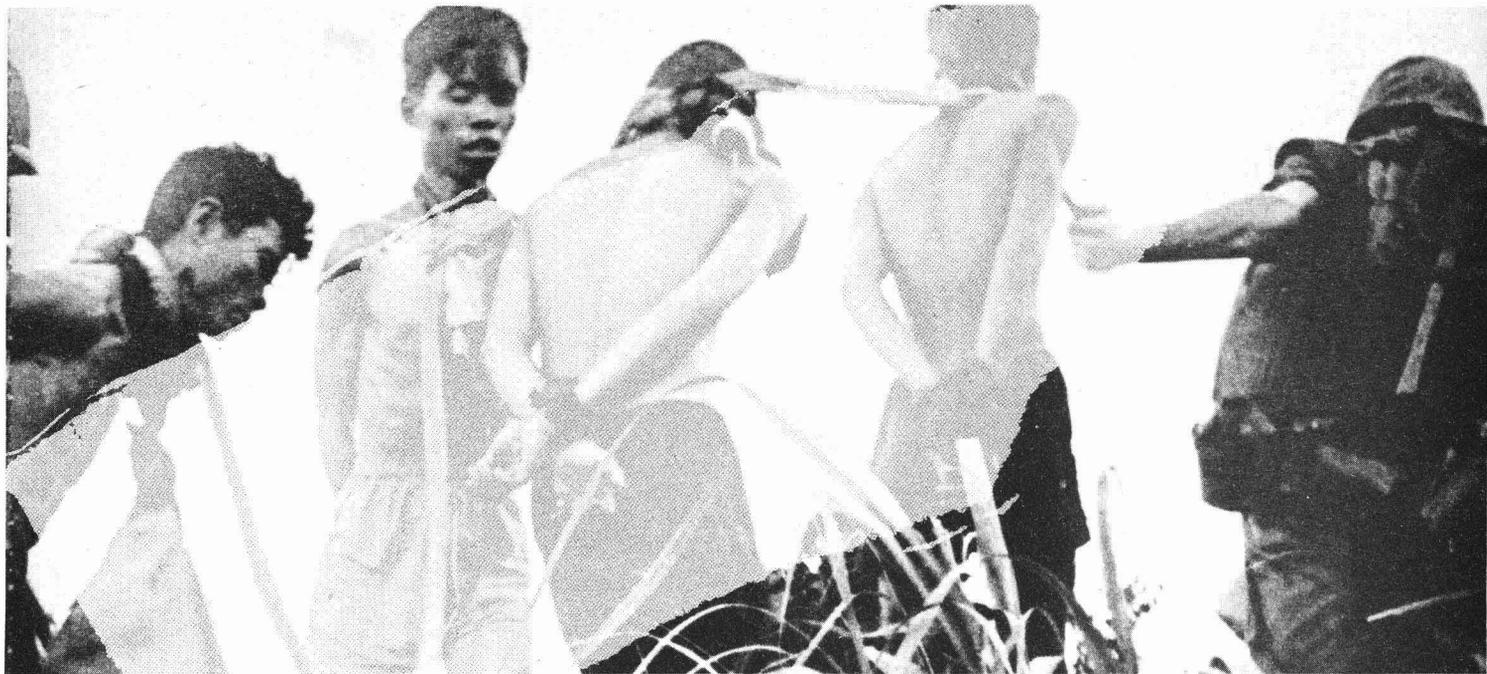




del cuarto de millón de las nuevas tropas, elegidas "selectamente", pasarán a integrar las frustradas "fuerzas populares" de Saigón —los 200 000 hombres-milicia adiestrados y alimentados por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos que aún mantienen las inútiles operaciones de "búsqueda y destrucción" de las guerrillas en las provincias centrales y septentrionales—. Cerca de 100 000 serán a su turno despachadas a integrar las Fuerzas Regionales, que, tristemente célebres por su crueldad en sus choques contra budistas, estudiantes y veteranos de guerra son en su estructura muy similares a la Guardia Nacional Norteamericana. Otros 90 000 serán destinados a los cuerpos paramilitares —suman 250 000 hombres—, la mayoría de ellos en reemplazo de las 65 000 "Tropas Fantasma" (¡Así se llaman! Sin embargo, los norteamericanos discretamente acusaron a Saigón luego de que sus expertos instalaron un sistema de computadoras para las FAV y descubrieran que, de hecho, esas tropas en realidad no existen —el pago de esas "tropas", dólares norteamericanos, naturalmente, se desvanecieron en los notoriamente corruptos generales sudvietnamitas). La armada regular, o los autodenominados "combatientes profesionales", serán emplazados en los principales enclaves que Saigón detenta en los cuatro cuerpos tácticos militares o zonas de guerra y en diez divisiones de infantería, batallones blindados y escuadrones especiales.

Pero otra observación, aparte del factor numérico, merece el aspecto cualitativo de las FAV. Sus unidades varían espectacularmente en espíritu y habilidad de combate, y es un hecho que cada soldado gubernamental es un desertor en potencia. En la proporción: casi uno de cada cinco soldados se escapa del ejército cada año. Pero otros factores fundamentales como su terrible desmoralización (los soldados se ven forzados a luchar mientras dure la guerra, a pesar de que para muchos resulta interminable), su humillación (pateándolos y lanzándoles piedras los oficiales los mandan al frente), y, particularmente, el trauma de la guerra que representa para el simple soldado la posibilidad de matar a su mismo hermano, del "bando enemigo", son factores que gravemente cohiben a las tropas de Saigón su voluntad de lucha. Muchos críticos norteamericanos civiles y militares estacionados al sur del Paralelo 17, negando o desconociendo estos argumentos, se han aventurado a catalogarlos de cobardes y han denunciado que "sólo un 10 por ciento de todas las Fuerzas Armadas Sudvietnamitas es efectivo". Otros también, llegaron a afirmar sin rodeos ". El ejército de Saigón es el peor del mundo."

La rectitud de esas aseveraciones —o confesiones— dependen del ángulo en que se mire, pero ello no impide que hasta los más dóciles secuaces de las fuerzas invasoras norteamericanas dejen de sentirse ofendidos. Como por ejemplo una vez nos llegó a expresar



un general sudvietnamita: "Ellos (los norteamericanos) lograron 'americanizar' la guerra —y a nuestro ejército; que lo fabricaron a su imagen y semejanza. Y, lo que es peor aún, no sólo subestimaron las realidades de una guerra de guerrillas sino que además nunca la han comprendido."

Uno de los aspectos que más molestan a los oficiales de Saigón es que, una unidad norteamericana jamás viene en ayuda de una atrapada unidad sudvietnamita. En cierta oportunidad de la que fui testigo, cuando las guerrillas lanzaban un aniquilador asedio a un contingente de la 19 División de Infantería causando la muerte de 90 sudvietnamitas e incluida toda una compañía sudcoreana, tres batallones norteamericanos que al mismo tiempo se hallaban acampados a escasos mil metros allí se quedaron tranquilamente desayunando mientras oían el fuego, y mientras sus "aliados" agonizaban.

Las fuerzas gubernamentales, por su parte, nunca se movilizan durante la noche —tienen un pánico atroz (y no sin razón) por las emboscadas— y comúnmente hacen un "descanso" en la guerra para los fines de semana. Los soldados que se hallan en cierta misión o patrulla, notifican por radio a los ebrios oficiales que han ocupado un "objetivo clave" cuando en realidad están tomando café en alguna cantina de la aldea. Y muchos otros se las pasan cazando gallinas y mujeres como botín.

Tal desempeño ha escandalizado a más de un "serio" militar

norteamericano, aunque también aducen razones: "Los vietnamitas vienen luchando desde hace largo tiempo, en sucesivas generaciones (durante un cuarto de siglo, y por la independencia y la liberación de las fuerzas extranjeras, precisamente)... y toda su filosofía militar (?) ha ido desgastándose por una invisible fatiga, por una fatiga acumulativa en lo que parece ser una guerra sin fin." Una sucia e innecesaria guerra, se olvidan de mencionar, que ha tomado un gigantesco precio en vidas y trabajo. "Y también", prosiguen esos mismos militares, "las famosas intrigas de Saigón han contribuido al deterioro del aparato gubernamental y a la matanza de jóvenes oficiales sudvietnamitas. Todo ello ha beneficiado (¡valgan las excusas!) al enemigo".

"El principal problema que sufre el soldado sudvietnamita", alegan otros "eruditos" oficiales estadounidenses, "es la falta de comandantes populares y capaces. Saigón tiene un generalato elegido por su alta posición social o por sus lazos políticos" —y atado por la corrupción—. Los jefes del régimen, en realidad, han hecho de esta guerra un comercio de sangre. Y los norteamericanos proseguirán tratando de "descubrir" causas lógicas en la "imposible indiferencia" de las tropas sudvietnamitas, como en sus fiascos. . .

Pero lo que deberían comprender es que ningún ser humano combate sin ideales válidos ni honestos líderes. En Vietnam del Sur, en el Vietnam de Saigón, ambas razones están ausentes.